

NAZARYANN

ESCUELA DE VAMPIROS



PRIMER AÑO

LAURA MARS

EDITORIAL
nou
e

Índice de contenido

[Entradilla](#)

[Créditos](#)

[Dedicatoria](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[32](#)

[33](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Laura Mars](#)

Índice de contenido

1. [Entradilla](#)
2. [Créditos](#)
3. [Dedicatoria](#)
4. [1](#)
5. [2](#)
6. [3](#)
7. [4](#)
8. [5](#)
9. [6](#)
10. [7](#)
11. [8](#)
12. [9](#)
13. [10](#)
14. [11](#)
15. [12](#)
16. [13](#)
17. [14](#)
18. [15](#)
19. [16](#)
20. [17](#)
21. [18](#)
22. [19](#)
23. [20](#)
24. [21](#)
25. [22](#)
26. [23](#)
27. [24](#)
28. [25](#)
29. [26](#)
30. [27](#)
31. [28](#)
32. [29](#)
33. [30](#)
34. [31](#)
35. [32](#)
36. [33](#)
37. [Epílogo](#)
38. [Agradecimientos](#)
39. [Laura Mars](#)

NAZARYANN

ESCUELA DE VAMPIROS



PRIMER AÑO

LAURA MARS



.nou.
EDITORIAL

Título: Nazaryann escuela de vampiros, Primer año.

© 2021 **Laura Mars.**

© Imagen de portada: **EdContratipo.**

© Diseño y maquetación: **nouTy.**

Colección: **IRIS.**

Director de colección: **JJ. Weber.**

Primera edición octubre 2022.

Derechos exclusivos de la edición.

©nou EDITORIAL™ 2022 sello de Planeta Nowe SL.

ISBN: 978-84-17268-74-9

Edición digital noviembre 2022

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.
conlicencia.com 91 702 19 70 / 93 272 04 45.

Más información:

noueditorial.com / **Web**

info@noueditorial.com / **Correo**

[@noueditorial](#) / **Twitter**

noueditorial / **Instagram**

noueditorial / **Facebook**

nowestore.com / **Tienda online**

*Para mis hijos,
sean vampiros,
humanos o lo que quieran ser.*

1

Una voz desde el callejón

Benjamin se dirigía a casa cuando escuchó unos gemidos procedentes del callejón. Las farolas más cercanas estaban apagadas y la temperatura había bajado por fin de los veinte grados. Estaba siendo un verano muy caluroso. Se ajustó las correas de la mochila y se asomó a la estrecha calle.

—¿Hola? ¿Todo bien por aquí? —preguntó a la oscuridad.

—No... —respondió una voz ronca, casi agónica.

Ben se adentró unos metros en el callejón, más de lo que la prudencia sugería, e intentó identificar a la persona que necesitaba ayuda. A sus dieciséis años tenía claro que quería convertirse en detective y le gustaba actuar como tal. Analizaba situaciones y hacía interrogatorios a quien se prestase a ellos. No le reportaba muy buena fama en su instituto, aunque no le importaba demasiado. Prefería saber más que estar atento al estatus social que pudiese ganar o perder con sus indagaciones.

Puso en marcha sus habilidades y examinó la situación. Apenas había iluminación. Distinguió varias puertas pequeñas y maltrechas en las paredes de los edificios contiguos. Salidas de emergencia que dedujo serían utilizadas como carga y descarga. Recabó este dato al observar pequeñas rampas de madera anexionadas al bajo de cada puerta, muy arañadas por el subir y bajar de las carretillas. Había dos contenedores de basura, uno a cada lado del callejón. Los gemidos procedían de uno de ellos.

—No... —repitió la voz que estaba dotada de un toque metálico.

El miedo ganó al detective curioso que llevaba dentro y quiso marcharse. No pudo, algo lo impulsó a avanzar. Tragó saliva con esfuerzo y sacó su teléfono móvil con manos temblorosas. Sin desbloquearlo, puso la linterna, que no era más que el

flash encendido en su máxima potencia. No alumbraba a mucha distancia, pero sí lo suficiente para ver algo que lo horrorizó. Un animal, o más bien, los trozos que quedaban de él, desperdigado por el asfalto. Amasijos de pelo y sangre. Benjamin sintió sus piernas palpar, le animaban a correr y huir de allí. Todo su cuerpo le gritaba que se marchase, pero los gemidos lo atraían de forma inexorable. Sentía la necesidad de ayudar.

—¿Se encuentra bien? —preguntó con un hilo de voz.

—No... te...

Ben llegó a la altura del contenedor de basura del que procedía el sonido. La persona estaba dentro. La tapa metálica se hallaba rota en una posición a medio levantar.

—Por favor...

Ben marcó el número de emergencias en su teléfono y se lo llevó a la oreja. Escuchó el primer tono. Con la otra mano intentó levantar la tapa del contenedor por completo, para que entrase algo de luz y cerciorarse de cuál era la situación.

—No te acerques... —dijo la voz con un gemido lastimero.

Demasiado tarde. La figura atrapó la muñeca del joven. Gritó con sorpresa y dejó caer el móvil. Desde este se escuchaba a la telefonista haciendo preguntas. Ben sintió un súbito dolor y placer al mismo tiempo, sus piernas flaquearon y se quedó con el cuerpo flexionado, cabizbajo, mientras su brazo seguía dentro del contenedor.

Lo primero que sintió Benjamin al despertar fue el silencio. No se escuchaban voces, tráfico o el runrún constante de los elementos electrónicos. Nada. Ni siquiera una respiración. Se incorporó en la cama y examinó la estancia en la que se encontraba. Parecía la habitación de un hotel, impersonal y limpia, con una cama grande en la que él se hallaba. Un escritorio con dos sillas a la derecha y una televisión anclada a la pared. Unas espesas cortinas color mostaza tapaban el ventanal. Se levantó y tocó la tela; le parecieron extremadamente suaves. Las abrió y miró por la ventana. Le recibieron unas montañas enverdecidas y un paisaje bucólico. Había animales en un prado lejano y una caseta para ellos.

En ese instante se abrió la puerta y entró una mujer de piel azabache. Benjamin pudo oír todo: el rasgar de la ropa al andar, sus movimientos con la boca, su saliva,

sus dedos deslizándose por el cuaderno que llevaba. Olía a carmín.

—Ya estás despierto —le dijo la mujer en tono bajo que a Ben se le hizo como un grito—. Soy Britannia, la asistenta asignada a tu caso. Toma asiento, si quieres.

La cara de Ben era el absoluto reflejo de la confusión. No sabía dónde estaba, quién era esa mujer ni qué hacía allí. Una cosa sí tenía clara: ella era una vampiresa. Su piel tenía el característico brillo de esos seres, como si siempre les estuviesen iluminando con la luz blanca de la mañana.

Brittania le hizo un gesto y se sentaron. Ella cruzó las piernas y apoyó su cuaderno en el escritorio. Lo abrió y empezó a leer.

—¿Eres Benjamin Willis, de dieciséis años de edad?

—Sí.

—Esta documentación es tuya, ¿verdad?

Brittania sacó con delicadeza la cartera de Ben y de esta el carné de identidad. Aunque ella intentaba moverse con cuidado, el ruido que hacía seguía siendo excesivo para Ben.

—Supongo que notarás que aquí pasa algo raro. Dime, ¿qué recuerdas? ¿Qué crees que está pasando?

Ben la miró con inseguridad antes de empezar a hablar. Intentó analizar la situación y, sobre todo, trató de recordar.

—Iba a casa. Hacía calor, algo menos. Recuerdo que pensé que se estaba mejor.

—Bien, sigue.

—Luego... —Ben giró la cabeza, no conseguía rellenar el hueco.

La mujer suspiró y sacó un papel de su cuaderno. Era una fotografía. La mantuvo boca abajo unos segundos, ocultando su contenido.

—Allá vamos —dijo ella y le dio la vuelta a la foto—. ¿Sabes quién es?

Brittania le mostró la imagen de un hombre de cuerpo entero. Era muy alto y distinguido. Tenía el pelo rubio, casi plateado, peinado con la raya a un lado. Sus facciones eran equilibradas y el gesto era de preocupación, con el ceño fruncido. Sus puños estaban apretados. Le hacía sentir algo especial y muy potente, aunque todavía no podía definir el qué.

—No estoy seguro de quién es —concluyó Ben después de examinarla durante unos segundos.

—Si tuvieses que decirme si te cae bien o mal, ¿qué dirías?

—Bien —dijo al instante—. Muy bien. Aunque no sé por qué está preocupado. La asistenta dio la vuelta a la foto y la observó.

—¿En qué notas que está preocupado?

—Sobre todo la cara que está poniendo. Perdona, pero ¿me vas a decir dónde estoy? —Ben pensaba que la mujer tendría que haberle puesto ya al día.

—Enseguida. Solo una pregunta más. ¿Por qué crees que está preocupado?

Ben tomó la foto entre sus manos y sintió una conexión instantánea con ese hombre. Un hormigueo le recorrió el cuerpo, una especie de calor que lo abrigaba.

—Por mí. Creo que está preocupado por mí —dijo Ben casi sin querer—. Aunque eso no tiene mucho sentido, porque no nos conocemos.

—Después de años de experiencia hemos visto que el método visual es el mejor para procesar emocionalmente lo que te ha pasado. Ahora te voy a enseñar otra foto. ¿Estás listo? —preguntó Brittania para prepararle, aunque fuese un poco.

—¿Esto me va a explicar qué está pasando?

—Sí.

—Enséñamela entonces.

Brittania sacó otra fotografía. Era de un callejón, con dos contenedores, uno en el lado izquierdo y otro en el derecho. En ese momento Ben sintió como si le hubiesen dado una bofetada, se levantó de la silla y recordó. El hombre que pedía ayuda, esos susurros que lo atrajeron de forma irremediable, el animal destrozado, levantar la tapa del contenedor. El dolor placentero seguido de la oscuridad.

—No puede ser, no puede ser —dijo Ben—. Soy muy joven. No estoy listo. No lo había pensado. Aún estoy estudiando. No puede ser.

Empezó a pasearse de un lado a otro de la habitación sin poder frenar la verborrea. Sabía que mucha gente quería ser convertida en vampiro. Otro gran porcentaje, no. Él ni se lo había planteado todavía. Quería acabar sus estudios, formarse como detective y en el plano personal quizás formar una familia.

—Sí, eso es. Definitivamente quería familia, tener mis propios hijos. No ahora. No con dieciséis años, quiero decir, de mayor, haber tenido esa posibilidad. Pero si soy..., si me han convertido..., no puedo, todo se rompe.

Brittania veía cómo el chaval forcejeaba con sus sensaciones. Apenas era coherente en lo que decía. La asistente había ayudado a miles de nuevos vampiros tras su conversión. Desde las Leyes Vampíricas solo unos pocos eran convertidos sin previo aviso. Eran los casos más difíciles. Había que ayudarles a hacer las paces con lo que ahora eran. Enseñarles a dejar su vida anterior para emprender una nueva.

—¿Dónde estoy? —consiguió centrarse Ben por un momento.

—En un hotel de transición.

—Un hotel de transición, ¡ja! Y lo dices tan tranquila. Un hotel de transición. ¡Qué locura! ¿Y mis padres? ¿Qué van a decir?

—Les informaremos siguiendo las Leyes Vampíricas.

—No sé si no te estás oyendo. Todo esto es casi gracioso —dijo Ben riendo con cierta histeria—. Y esas leyes, ¿qué dicen?

—¿No estás informado al respecto? —preguntó ella con un poco de asombro; eran muy conocidas entre los humanos.

—Sé que existen y que nos protegen, nada más.

Brittania lo observó y esperó a que se diese cuenta de que ese «nos protegen» ya no era aplicable a él mismo. Benjamin ya no era humano. El chico siguió andando por la habitación repitiendo cosas como «¡qué absurdo!», «¡increíble!», «¡una locura!», y soltando carcajadas desmotivadas. La asistente sacó su móvil y aprovechó para empezar a escribir el informe sobre el nuevo convertido. Cada vez que algún humano pasaba a formar parte de los vampiros tenían que rellenarse una serie de documentos que duplicaban su extensión si era una conversión no autorizada, como era el caso de Benjamin. Cambiarían todo, hasta su carné de identidad. Ahora tendría el fondo morado —en vez del habitual rosa palo— para que fuese fácilmente identificable.

—¿Y quién me ha convertido? —preguntó Ben.

—Para querer ser detective no te veo muy rápido —dijo Brittania mientras rellenaba la ficha.

—¡Ja! Eres muy graciosa. Ya me gustaría verte a ti el día que te convirtieron, a ver qué pinta tenías y si podías resolver acertijos.

La mujer cambió el gesto, su cara se oscureció y empezó a hablar en un tono bajo y firme.

—Cuando yo desperté no existían hoteles de transición. Estaba en el bosque. Sola, mojada y sin ropa. No sabía lo que era. Estuve alimentándome de animales hasta que llegué a una aldea. Entonces empecé con las personas. No tenía ningún control y me alimenté hasta matarlas. Por suerte, un vampiro de la zona me vio y me frenó. Si no, habría acabado con una estaca en el corazón o decapitada. ¿Todavía te gustaría verme el día que me desperté?

Ben se había quedado quieto a medio paso, bajó la pierna y se sentó en la silla.

—Discúlpame.

Ella asintió con un leve gesto de cabeza. Ben cogió la fotografía del hombre.

—Supongo que él me ha convertido. —La asistenta asintió de nuevo—. ¿Puedo hablar con él?

—No.

—¿Por qué? Creo que me vendría bien. —Ben miró la foto con fijeza—. Sé que no me haría daño.

—No puedes. Está en la cárcel.

Benjamin abrió la boca en un gesto de sorpresa. Recordó entonces algunas noticias que había escuchado sobre conversiones ilegales. Si dañaban a un humano o lo convertían en contra de su voluntad iban a la cárcel. A veces incluso los sentenciaban a la pena máxima: la muerte final.

—¿Y puedo llamarle? Siento que tengo que hablar con él —dijo mientras seguía mirando la foto hipnotizado.

—No.

—¿Y escribirle cartas a la cárcel? Eso no puede estar prohibido, soy un ciudadano libre.

—Supongo que lo eres, pero hasta que pase el juicio y lo lleven a su prisión definitiva no tiene dirección.

Ben frunció el cejo mientras seguía mirando a ese hombre alto y distinguido.

—¿Sigues preocupado? —le preguntó ella.

—Claro, es una foto, no va a cambiar.

—Benjamin, tienes mucho por aprender todavía. Poco a poco. Lo primero, avisaremos a tus padres ahora que hemos confirmado tu identidad.

—¿Puedo hablar con ellos?

—Claro, en cuanto salgas del hotel de transición.

—¿Y cuándo será eso?

—En poco más de una semana, para que tus sentidos se vayan acostumbrando. Aquí tienes la información básica —dijo Brittania mientras le entregaba un libro pequeño—. Y en la televisión, en el canal 23, tienes los videotutoriales. Con el mando puedes ir viéndolos uno a uno. Es la misma información del dossier escrito, con algunos ejemplos y ejercicios para los sentidos.

Benjamin cogió el libro. Parecía haber sido utilizado en muchas ocasiones. Las esquinas de la cubierta estaban ligeramente levantadas y algunas páginas tenían dobleces. Le echó un vistazo y vio que había capítulos sobre alimentación, higiene, salud básica y los sentidos. El último capítulo ponía «ciudad de los nuevos».

—Mírame un segundo y quédate quieto. Te tengo que hacer una foto para tu nuevo carné. —Él obedeció y ella tomó un par de instantáneas—. Listo. Ahora tienes mucha lectura, vídeos y ejercicios para realizar. Te dejo. La cena te la traerán a las ocho y media. Será la primera vez que te alimentes de sangre, así que te recomiendo que le des prioridad a ese capítulo, ¿vale?

—Beber sangre... —dijo cerrando los ojos con suavidad y husmeando el aire.

Lo que antes le hubiese dado una reacción física de rechazo le produjo un tirón instintivo. Como leería más adelante, ese levantar de cabeza y oler era una forma de utilizar sus nuevos termorreceptores para localizar fuentes de calor y sentir la sangre de sus presas.

—No me traeréis una... persona, ¿verdad? —preguntó el chico en un susurro.

Aunque le intentó dar un tono escandalizado, no pudo evitar decirlo relamiéndose los labios. No se había dado cuenta de lo hambriento que estaba hasta ese momento.

—Sabes que eso está prohibido. Nos alimentamos de la sangre donada a través del acuerdo F.78 —dijo Brittania de forma mecánica.

—Ya sé que está prohibido. Me refiero a que todos los humanos pensamos que, aun así, os coméis a la gente. Cuando no os ven —insistió Ben volviéndose a incluir en un grupo al que ya no pertenecía.

—Que digas eso es bastante ofensivo —respondió ella con dureza.

—Ah, perdón —se disculpó Ben sin saber muy bien por qué. Tenía entendido que era una creencia popular. Quizás solo entre los humanos.

—Benjamin, te dejo ya —dijo su asistente levantándose—. Estudia el material y empieza con los ejercicios.

—Lo haré.

—Y dame la fotografía. —Ben la seguía apretando entre sus manos.

—No, por favor. Déjame tenerla.

—Imposible, va contra las normas. Dámela.

Ben sintió una súbita energía, como si su cuerpo se hiciera más fuerte y estuviera listo para saltar, correr e incluso trepar paredes. Notó que algo le pinchaba en los labios. Sus colmillos habían salido y creía estar dispuesto a todo por proteger a ese hombre. La mujer suspiró y se le acercó. Fijó sus ojos en él, extendió su mano y le habló con voz firme.

—Benjamin Willis, me vas a entregar esa fotografía a la de tres. Uno... —La voz penetró en el interior de Ben y luchó contra sus deseos—. Dos... —La voluntad de Ben se fue resquebrajando—. Y tres.

El chico estiró el brazo y le entregó la imagen, aunque todo su cuerpo le pedía lo contrario. Era como entregar parte de su propio corazón.

—Adiós —dijo la asistente yendo hacia la puerta sin darle la espalda.

La mujer salió y cerró con cuidado. Volvió el silencio y el influjo al que lo había sometido Britannia se desvaneció. La sensación de haber sido persuadido le hizo pensar en su conversión. No había podido evitar acercarse. No es que hubiese sido descuidado, sino que el vampiro del callejón había utilizado la persuasión del mismo modo que acababa de hacer Britannia.

Su mente estaba llena de pensamientos sobre ese hombre y lo mucho que necesitaba hablar con él. Y en el hambre que tenía. Miró su reloj, una de las pocas posesiones que le habían dejado aparte de su ropa. Faltaba una hora y cuarto para que le trajesen la cena. La sangre. Su primera vez.

Sus colmillos se asomaron de nuevo. Fue al baño y se observó en el espejo. Antes que en los dientes se fijó en su pelo. Toda su vida había tenido el pelo de un tono castaño oscuro nada reseñable. Ahora había bajado unos cuantos tonos y era más claro, casi rubio en algunas partes. Su piel estaba resplandeciente y sin rastro del acné que había arrastrado los últimos años. Casi le gustaba su nariz ahora, que ya no estaba tan asediada por espinillas. Se acercó más al espejo y examinó su boca. No solo los colmillos salían con puntas afiladas; el resto de los dientes habían cambiado también, todos eran más puntiagudos. Pasó un dedo por estos y se cortó.

—¡Au! —se le escapó un pequeño grito de dolor, que reverberó por toda su cabeza. Sus oídos estaban demasiado sensibles.

Observó la herida de su dedo índice. Parecía una cámara rápida de una curación: enseguida se cerró sin dejar marca de ningún tipo. Después se llevó la mano al corazón. Nada.

Intentó tomarse el pulso. Tampoco. Por si le quedaba alguna duda de su vampirismo, esta se acabó de despejar.

Salió del servicio y observó la habitación de nuevo. Ahora que estaba más tranquilo dedujo que debía estar insonorizada. Se sentó en la cama con el libro en una mano y el mando en la otra. Encendió la televisión y puso el canal 23.

2

El hotel de transición

Al igual que en el libro, había varios apartados en el canal 23 que se podían seleccionar. Puso el de alimentación como le había recomendado Britannia. Un joven vampiro con el pelo engominado y cazadora apareció explicando lo sencillo que era alimentarse y cómo era suficiente con tres veces al día. Sacó un tetrabrik de la nevera de 250 mililitros, igual que el de los zumos que tomaban los niños humanos. El envase era morado, de la misma tonalidad que el carné de identidad destinado a identificar a los vampiros. Era el color que se les había asignado y también distinguía sus bebidas.

En los supermercados había varias neveras llenas de esos envases púrpura, aunque Ben nunca les había prestado demasiada atención. Había vivido intentando obviar la existencia de los vampiros. Sabía que estaban ahí, a veces incluso veía alguno. No obstante, la comunidad a la que pertenecía era la humana: su instituto, compañeros de clase, familiares... Excepto un tío suyo que solicitó la conversión y desapareció de sus vidas. Su tía se había considerado viuda desde ese momento, opción a la que de hecho se podía acoger legalmente cuando uno de los dos miembros decidía su paso al lado vampírico de forma unilateral.

El joven engominado enseñó a la cámara su brik con una gran sonrisa: «Como podéis ver, he cogido parcialmente purificado. Es mi sangre favorita. ¡No os cortéis probando los diferentes tipos!». Hablaba con el entusiasmo típico de quien está vendiendo un viaje de estudios a Malta. Después se acercó a una cafetera moderna, toda ella en efecto de color morado. Introdujo el brik en la parte superior y la configuró emitiendo unos cuantos pitidos. Aunque Ben tenía la

televisión puesta en el nivel más bajo posible, esos pitidos le resultaron demasiado agudos y alejó la cabeza en un intento de protegerse.

El presentador puso una taza en la rejilla de la cafetera mientras seguía hablando a la cámara: «En un apuro os podéis beber la sangre fría. Solo tenéis que recordar agitarla bien para que se mezclen todos sus componentes. Lo mejor es calentarla, la norma son los 37°. A mí me gusta un poquito más caliente, como de fiebre».

En ese instante la máquina empezó a echar un chorro de sangre caliente y humeante en la taza. El joven engominado se relamió y le salieron los colmillos al instante, largos y brillantes. Con una rapidez pasmosa se hizo con la taza y bebió el líquido.

No había nada más en la sección de alimentación. No hablaban de beber de personas, ni de animales, ni nada de lo que Benjamin esperaba. Había sido tan breve que casi le había parecido un anuncio de publicidad, quizás para vender la propia cafetera para vampiros. Buscó la información paralela en el libro. No ampliaba mucho más y estaba escrito en formato de instrucciones sobre cómo calentar la sangre: recomendaba usar la cafetera especializada o, en su defecto, el baño maría.

Pasó al siguiente apartado, el de la higiene. El mismo joven engominado con la misma sonrisa contaba lo increíble que era ser vampiro para la higiene. Las glándulas sudoríparas ya no secretaban nada, por lo que el cuerpo se tornaba inodoro. Entre risas indicaba que eso no era motivo para no ducharse de vez en cuando, sobre todo para lavarse el cabello.

Después hablaba de la importancia de la fragancia que se escogía para tal cometido. Sería algo por lo que los demás te identificarían. Luego dedicaba unos minutos a enseñar varios tipos de champú. Benjamin supuso —de forma acertada— que esos vídeos debían estar patrocinados por las marcas que aparecían.

Después dijo algo que sorprendió a Ben casi más que su propia condición vampírica: «Como muchos sabréis, nuestro sistema digestivo permite la hematofagia y, al ser líquida nuestra alimentación, enseguida es procesada». El joven hizo un chasquido con los dedos y apareció frente a un urinario y dio la espalda a la cámara.

—¿Va a hacer pis? —preguntó Ben en voz baja.

En ese momento la puerta de la habitación del hotel se abrió. Entró un hombre que llevaba el pelo cano recogido en una coleta baja. Benjamin pausó el vídeo dejando al engominado orinando mientras alzaba su mano con el símbolo de la victoria.

—¿Benjamin Willis? —preguntó el hombre de piel resplandeciente.

—Sí.

—Esta es tu primera alimentación. Aquí tienes. —Le ofreció un brik morado—. La cafetera está debajo de ese mueble.

Ben abrió el pequeño armario que había bajo el escritorio y vio el mismo modelo que utilizaban de ejemplo en el vídeo y dos tazas.

—Por favor, lava tu taza después —dijo el hombre mientras se daba la vuelta.

—¡Un segundo! —exclamó Ben alzando la voz y arrepintiéndose al instante de ello. El hombre lo miró—. ¿Por qué nadie me había dicho que los vampiros mean?

El hombre lo observó con mirada cansada.

—Cada vez venís más desinformados. Un día llegará uno que no sepa ni qué es un vampiro.

Dicho esto, se marchó sin dar tiempo a Ben a preguntar nada más. El joven apretó el brik que tenía en la mano y sus colmillos salieron con agresividad. Se imaginó a sí mismo perforando el envase de inmediato y succionando su contenido. Todo su cuerpo le pedía que lo hiciera.

Para intentar controlarse dejó el brik debajo de la almohada. Se dirigió al armario y sacó la cafetera especial para vampiros. Aunque a simple vista imitaba las humanas, se veía que su funcionamiento era totalmente distinto. No había filtro ni espacio donde añadir café ni agua, solo un agujero del tamaño del brik y un panel de control.

Puso una taza en la rejilla y enchufó la máquina. Cogió el brik e intentó alejarlo de su cuerpo. Ni siquiera se atrevió a ver el tipo de sangre que era temiendo no llegar a calentarlo. Sus colmillos se hicieron un poco más largos. Introdujo el envase y seleccionó 37°. Le dio al botón de inicio y se alejó de la máquina. No dejaban de venirle imágenes: se veía a sí mismo cogiendo la cafetera con fuerza, alzándola de tal manera que el enchufe de la pared se arrancase de cuajo,

estampándola contra el suelo y liberando el brik que contenía la sangre. La deliciosa sangre.

Por fin empezó el chisporroteo y el líquido color oporto empezó a rellenar la taza. No se pudo contener más. Se abalanzó sobre la máquina y empezó a succionar directamente del pequeño grifo desde el que salía la sangre. Cuando la cafetera terminó, bebió las gotas que habían caído en la taza alargando la lengua para relamer hasta la última de ellas.

Se dejó caer en la cama extasiado. Había sido increíble. El alimento más sabroso que había probado jamás. Se mantuvo así durante unos segundos hasta que adquirió conciencia de lo que acababa de hacer. Se sintió avergonzado de no haber podido esperar un poco más a que la sangre estuviese vertida en la taza.

Disfrutó. Cerró los ojos e imaginó otro brik. Le pareció sentir que su creador sonreía. Cuánto deseaba hablar con él.

Se dio cuenta de que ni siquiera sabía su nombre. Al próximo empleado del hotel de transición que entrase se lo preguntaría sin falta. También le gustaría saber cuándo volvería Britannia y si habría alguna manera de convencerla para que le dejase la fotografía. Sintió una leve erección que le indicaba que tenía que orinar y con bastante urgencia. Fue al servicio e hizo lo propio. Vio con asombro cómo un líquido transparente y frío caía en el retrete.

Por alguna razón fue en ese instante cuando se acordó de su familia. Para su sorpresa no tenía demasiadas ganas de hablar con ellos. Sabía que estaban ahí, pero les percibía en otro plano, como si estuviesen tras una mampara de cristal. Volvió a la habitación y continuó el vídeo de higiene que acababa recomendado el lavado de dientes para una presentación adecuada en sociedad.

Puso el siguiente capítulo: salud básica. El vampiro engominado aparecía con una camisa de flores en el exterior, gorra y gafas de sol oscuras. Sonreía bajo el sol. «Como sabréis, el sol es una de las formas de obtener la muerte final. Gracias a la tecnología y avances de la ciencia podemos estar bajo este. Tú, que eres un novato, no lo intentes todavía o tendrás una muerte instantánea, ¡ja, ja! —Soltó una carcajada alegre y continuó—: Tenemos mucho material a nuestro alcance para protegernos de los rayos ultravioletas: las cremas solares, la ropa con factor de protección, acordarse siempre de lavarla además con los detergentes morados...».

Pasó un buen rato enumerando las mejores marcas, centrándose de nuevo en la publicidad. «Y por último y lo más seguro, implosionadores y la poción adecuada. Eso os lo enseñarán en la escuela».

Benjamin rebobinó hacia atrás y volvió a escuchar la información. Hablaba con brevedad de la regeneración, que sería mayor cuanto más control tuviese sobre ella. Por último acababa diciendo en tono jocosos: «¡Y no dejéis que os atraviesen el corazón! ¡Con nada!».

Repasó los datos en el libro; eran casi los mismos. Hizo un descanso. Se levantó y miró por la ventana: el paisaje se estaba enrojeciendo con el anochecer y los animales habían ido a su refugio. Examinó el cristal de la ventana. Era grueso y de un tono azulado. Supuso que protegía contra rayos ultravioletas. No se podía abrir, no había manilla para ello. Sintió de nuevo la suavidad de las cortinas y cerró los ojos para maximizar lo percibido. Una corriente eléctrica recorrió su cuerpo. Era casi orgásmico.

Continuó con el siguiente vídeo: era el más largo y hablaba justo de los sentidos y su exacerbación. Estaba lleno de ejercicios prácticos para ir tolerando la nueva intensidad. Uno de ellos era ir aplaudiendo cada vez más fuerte y concentrarse en disminuir su impacto mientras lo hacía. Tenía que visualizar que ponía unas capas de tela en sus oídos para que el sonido le llegase más amortiguado.

Otro ejercicio era de localización. Tenía que cerrar los ojos, arrojar el bolígrafo en cualquier dirección y encontrarlo sin mirar. Debía hacer una aproximación mental de a cuánta distancia pensaba que había caído. Benjamin se sorprendió pensando distancias muy exactas: «dos metros y diecisiete centímetros», «un metro y veintiuno».

Practicó durante horas hasta que se sintió agotado. Se tumbó en la cama y se preguntó cómo sería el sueño de los vampiros y si dormiría.

Cuando abrió los ojos, se dio cuenta de que había pasado el tiempo. Era de día de nuevo. El cansancio había desaparecido dando paso a la nada. No se levantó con esa sensación de sueño reparador del humano. No percibía nada especial en su cuerpo. Simplemente estaba ahí. Se incorporó en la cama y recordó los ejercicios del día anterior. Dio una palmada fuerte y bloqueó su intensidad para que no le resultase dañina. Se sintió orgulloso de sus avances.

La puerta se abrió y apareció el hombre de la noche anterior para traerle el desayuno. Un brik de sangre. A Benjamin le salieron los colmillos al instante y empezó a salivar. Lo cogió con velocidad murmurando un «gracias», y lo puso en la cafetera vampírica. Mientras colocaba la taza oyó la puerta cerrarse. Estaba solo de nuevo. Corrió hacia el baño para controlarse. Quería beberse la taza con toda la dignidad posible como el joven engominado hacía, con elegancia y una sonrisa. Escuchó cómo la sangre empezaba a caer, olió su aroma herrumbroso y sintió su calor. Pensó que se hallaba a cinco metros y cincuenta y cuatro centímetros de la taza. Apenas caían gotas.

Con una velocidad que le sorprendió a sí mismo, ya estaba con la taza en las manos y bebiendo con necesidad. Esa sangre le gustó más que la del día anterior si era posible. Se dejó caer en la cama y disfrutó. Volvió a pensar en su creador. Con el ansia de alimentarse se le había olvidado preguntar al trabajador al respecto.

Fue al servicio y después puso el canal 23. Siguió haciendo ejercicios de los sentidos. Estuvo sintonizando sus oídos para poder percibir desde lo más pequeño hasta lo más sonoro sin sentirse abrumado. Midió distancias y se aprendió toda la habitación, podía recorrerla con los ojos cerrados sin chocar con nada. Percibió todas las texturas del cuarto distinguiendo la cualidad y la temperatura de cada una. El tiempo se le pasó rápido y pronto le trajeron el brik de la comida. Esta vez pudo esperar frente a la cafetera, viendo cómo la sangre borboteaba y gozando del previo a introducirla en su sistema. Bebió y siguió con sus ejercicios. Siempre había sido un buen estudiante. En ese instante le reportaba un placer casi físico cada logro que conseguía.

Cuando empezó a sentir cansancio decidió poner el último capítulo del vídeo. El joven aparecía de nuevo con su cazadora, era de noche y estaba en una ciudad de edificios bajos. Se le veía exaltado. Estaba rodeado de otras personas cuyas pieles relucían. Eran todos vampiros. «¡Bienvenidos a la ciudad de los nuevos! Se te asignará la más cercana a tu localidad, donde vivirás hasta que vayas a la escuela de vampiros».

Todos esos términos le sonaban a Ben. Sabía que los nuevos convertidos no podían pulular por las calles comunes y eran reclusos hasta que podían dominarse y ser incorporados a la sociedad. Ahí acababa su conocimiento. El

joven continuaba: «Tu trabajo aquí será seguir perfeccionando las habilidades de este vídeo para llegar lo más preparado posible a la escuela. Además, ¡relaciónate! ¡Habla!». En ese momento empezaba a chocar los cinco con distintos transeúntes.

Ahí se acababa el vídeo. Ben cogió el libro y repasó la información. Apenas eran dos hojas sobre la ciudad de los nuevos. Al final había una raya larga y habían anotado a mano: Berryth. Supuso que era el nombre de la ciudad a la que le habían asignado. Estaba pensando en repetir unos ejercicios más cuando se abrió la puerta. Era Britannia.

—Hola, Benjamin —dijo ella con tono bajo.

—Puedes usar un tono de voz normal —respondió él.

—Ya veo. Has estado practicando. —No era una pregunta—. Ya hemos avisado a tu familia.

—Oh.

—¿Quieres saber qué han dicho?

—Supongo. —Ben se seguía sorprendiendo de su repentino desapego.

—Ha sido un duro golpe para ellos. Aun así, me han dicho que te siguen apoyando y queriendo. Pagarán tus estudios.

—Bien. ¿Cómo se llama mi creador?

—¿No has visto la televisión?

—Solo el canal 23. He estado aprendiendo todo lo posible.

Britannia debatió consigo misma sobre si decirle el nombre en ese momento. Sabía que el chico lo acabaría conociendo en cuanto pusiese las noticias y viera todo lo asociado al juicio. Valoró cómo sería más digerible el impacto emocional.

—Daniel Faramond —dijo al fin.

Ben saboreó el nombre y recordó la imagen del hombre, su pelo rubio platino cuidadosamente peinado, su fortaleza, su mirada.

—¿Puedo tener ya la fotografía?

—No.

—¿Por qué?

—Sigue con tu entrenamiento.

—Ya he hecho todos los ejercicios.

Brittania alzó una ceja como si fuese un niño impaciente por decirle la tabla de multiplicar sin haber tenido apenas tiempo de memorizarla. De improviso, ella dio un fuerte aplauso. Ben vio la rapidez con la que sus manos se movieron y pudo echar esas capas imaginarias de telas sobre sus oídos para amortiguar el sonido. Después la asistenta apenas movió los labios susurrando una palabra en el tono más bajo que le fue posible: «Levanta la mano derecha». Ben obedeció.

La cara de su asistenta pasó de superioridad y suficiencia a duda. Ya no estaba tan segura de dominar la situación. El chico solo llevaba veinticuatro horas con el material y ya lo hacía mejor que algunos que llevaban semana y media. Incluso muchos recién convertidos pasaban encerrados sus primeros días en la ciudad de los nuevos hasta que podían tolerar salir a la calle con sus infinitos sonidos y olores palpitantes. Brittania se levantó y examinó la basura. Sacó los briks que había consumido Ben. Los giró de un lado hacia otro comprobando su estado. No habían sido abiertos con descontrol ni ferocidad. Solo tenían la marca que dejaba la cafetera.

Continuó poniéndole a prueba un rato más. Le hizo andar con los ojos cerrados, medir distancias, reconocer texturas, tolerar distintos sonidos. Al final hasta le lanzó objetos para ver cómo los esquivaba, algo que no estaba en los ejercicios básicos pero que le daba señas de sus reflejos.

—Tendría que haberlo sospechado —dijo ella.

—¿El qué?

—Siendo tu creador quien es, no podíamos esperar otra cosa.

—¿Por qué? Háblame de él —pidió Ben deseoso de saber más.

La vampiresa se quedó callada y valoró de nuevo las ventajas y desventajas de darle más información. Por un lado, estaba casi recién convertido. Por otro, se había desarrollado lo suficiente para ganarse un viaje a la ciudad de los nuevos. Al llegar allí le reconocerían. Al fin y al cabo, su foto era retransmitida en todos los noticiarios, que se regodeaban en el morbo y azuzaban las disputas entre humanos y vampiros.

—¿Estás al tanto de los diferentes vampiros que hay? —le preguntó ella.

—No mucho, sé que hay unos muy feos a los que no les dejan procrear. Y luego los normales.

Brittania cerró los ojos un momento. Sus palabras volvían a ser en exceso ofensivas. El chico ni siquiera se daba cuenta. Tenía mucho que aprender.

—No soy tu profesora, ya te enseñarán lo necesario en la escuela de vampiros a la que te asignen. Lo que sí puedo decirte es que tu creador es un vampiro muy poderoso y que no debería haberte convertido.

Benjamin sintió un repentino orgullo por su creador. No pudo evitar sonreír cuando escuchó la palabra «poderoso». Eso era lo que le había transmitido su fotografía. La asistente siguió hablando.

—Viendo tus avances, no veo el sentido de prolongar tu estancia aquí. Organizaré todo para que mañana mismo vayas a tu ciudad asignada, que es... — La asistente cogió el libro de la mesa y buscó la última página.

—Berryth —dijo Ben, que ya había memorizado el nombre.

—Eso es. Te dejo por el momento. Aunque hayas aprendido muchas cosas ya, sigue practicando, ¿vale?

A Benjamin le pareció detectar preocupación en su tono, aunque no supo descifrar por qué. Ir aventajado solo le parecía una buena noticia y una forma de poder moverse más rápido y salir de su reclusión en el hotel de transición.

Ella se marchó y Ben hizo caso a su consejo: continuó practicando hasta la hora de la cena. Apenas intercambió un saludo con la cabeza con el hombre que le trajo su bebida. La puso en la cafetera y se sentó delante de esta. Cerró los ojos y sintió la sangre en el interior de la máquina, podía notar cómo subía grado a grado su temperatura hasta que un chorro delicioso llenaba la taza. Sus colmillos estaban completamente fuera y bebió con excitación. Esta vez no se dejó caer en la cama, sino que permaneció sentado con los ojos cerrados, como si estuviese meditando. Siguió el trayecto del rico alimento por su cuerpo. Poco después, se levantó al servicio.

Encendió la televisión. No puso el canal 23, sino que buscó uno en el que estuviesen dando las noticias. En el canal 8 habían empezado hacía tan solo unos minutos. Estaban hablando de una granja.

3

La granja y el castillo

Natalie observó con horror la sangre que caía entre sus piernas. Se ató la larguísima melena negra en una coleta para poder ver bien y no ensuciarse más de lo debido. Solo faltaban dos días para su cumpleaños y el momento de la menstruación no podía ser peor. Toda ella olía a sangre. Estaba segura de que Jackson estaría relamiéndose y deseando que llegase el gran día. Pronto se alimentaría de ella también, como de su madre, sus hermanos y hermanas, sus amigos, de todos los que allí vivían.

Jackson lo llamaba «la granja», aunque su aspecto no fuese tal. Ciertamente era que había campos arados, graneros y algunas modestas viviendas. No obstante, en la parte central había un castillo de dos torres. El lugar estaba celosamente amurallado con unas paredes altas y firmes en las que el vampiro había incrustado cristales rotos para impedir la escalada. Los pocos que habían intentado huir habían sufrido destinos nada deseables. O bien se caían y se abrían la cabeza, dando ejemplo a los demás de la imposibilidad de dicha tarea, o eran pillados y apresados por el vampiro, que los desangraba delante de todos lenta y agónicamente. Era mejor caerse y partirse el cráneo.

Los humanos que allí vivían se contaban estas historias los unos a los otros, como aviso y forma de mantener las esperanzas al mínimo. Una de las que más repetían era la de aquel que intentó marcharse cavando un agujero debajo de la muralla: el abuelo de Natalie. Empezó tal proeza cuando Jackson estaba fuera. Dotado de una de las palas más grandes que poseían, cavó sin prisa pero sin pausa. La muralla parecía no tener fin. Cavó un metro, ahí seguían las piedras bien unidas. Otro metro más, la tierra estaba muy endurecida y era casi impracticable

con la pala. Seguía habiendo muralla. Cuando llegó cerca de los dos metros y medio, tras horas de esfuerzo y sudor, Jackson retornó. El abuelo de Natalie empezó a tapar el hoyo con toda la energía que tenía. Algunos fueron a ayudarlo. Él los rechazó, no quería implicar a nadie más.

Jackson entró en su castillo y subió a una de las torres de inmediato. Había olido la tierra removida y supo que no era la habitual. Era tierra profunda, húmeda, dura, de otras características a la que usaban para la agricultura humana. Olfateó desde la torre y localizó el sitio. Se desplazó a una velocidad asombrosa. Pronto estaba encima del abuelo de Natalie, que aceptó su destino con todo el estoicismo que pudo.

Natalie nació tres años después de ese incidente. Había escuchado esta y todas las demás historias, y era muy consciente de dónde estaba y los peligros que la rodeaban. También sabía el puesto privilegiado que había tenido hasta ahora. El vampiro no se alimentaba de los menores de quince años. Eran obligados a trabajar el campo, limpiar, cocinar y demás labores asociadas a la supervivencia de la comunidad humana. No eran utilizados como ganado. El resto, sí.

Jackson había creado esa granja hacía más de cincuenta años. A veces traía personas nuevas del exterior. Lo que más le gustaba era hacer sus propias mezclas. Juntaba las sangres con las que más disfrutaba, esto es, obligaba a la procreación entre sus sabores favoritos. La madre de Natalie, que era a su vez madre de once más, había sido obligada a juntarse con cinco hombres distintos hasta dar con un sabor que extasiaba a Jackson. Su hermana inmediatamente superior, Loana, había sido el primer fruto de esa unión. Cuando cumplió los quince años, Jackson se alimentó tanto de ella que estuvo a punto de matarla. Al final fue la propia Loana la que se quitó la vida. Se ahorcó en el granero principal, entre los alimentos para el invierno.

Jackson esperaba con impaciencia la llegada de los quince años de Natalie. Era la segunda hija de la combinación que tanto le había gustado. Con palabras dulces le aseguraba que no la exprimiría tanto. Quería que le durase más y no llevarla hasta el borde de la locura. Sus palabras, cuanto más suaves, más espeluznaban a Natalie, que llevaba planeando su huida desde que podía recordar.

Cuando era una niña se imaginaba abriendo el gran portón y marchándose. Otras, se veía trepando la pared con habilidad, esquivando los cristales, mientras Jackson estaba fuera en una de sus excursiones. Quizás esos planes empezaran de una forma infantil e inmadura, pero ya contemplaban las dos claves más importantes: solo se podía abandonar ese sitio por la puerta o por la muralla y cuando Jackson estuviese fuera.

El vampiro llevaba semanas sin abandonar el lugar, lo cual le había impedido a Natalie llevar a cabo su plan. Cada día sentía más pánico. Temía que Jackson se quedase hasta el día de su cumpleaños y no poder evitar que se alimentase de ella. Conservaba muchas imágenes traumáticas guardadas en su memoria, antes incluso de poseer el lenguaje necesario para comprenderlas. Mujeres siendo forzadas, hombres llorando, desangramientos agónicos como castigos.

Lo peor de todo era que Jackson siempre la había tratado bien. Cuando era niña jugaban juntos, antes de que ella supiera lo que él era. Su juego favorito era el escondite: él se hacía el despistado y luego la atrapaba con rapidez y le hacía cosquillas. Pero, conforme fue presenciando los abusos y maltratos que profesaba a su madre, padre, hermanos y hermanas y demás personas de la comunidad, su opinión cambió.

Cada humano llevaba como podía su existencia allí. A una de sus hermanas mayores de distinto padre, Cora, le encantaba ser elegida por Jackson y a menudo tenían apasionadas relaciones sexuales que resonaban en las paredes del castillo. Cora era feliz.

Otros se autoconvencían para poder tolerar la situación. Decían que siempre tenían comida, hacían un trabajo honesto en agricultura y vivían con su familia y amigos. Se engañaban con que no necesitaban nada más. Un pequeño porcentaje permanecía rebelde e indomado y pensaba activamente en escapar. Esos eran los que acababan muertos. Natalie pertenecía a ese grupo.

Fue la primera en ducharse esa mañana. Se lavó lo mejor que pudo con la ducha de poca presión, apenas salía un hilo de agua. Se puso la compresa casera, que consistía en un retal de tela que envolvía un trozo de heno seco. Algunas de las mujeres más mayores le habían hablado de cómo en el mundo exterior existían objetos destinados a facilitar la menstruación de las mujeres: compresas,

tampones y copas menstruales. Allí no tenían nada de eso. A Jackson no le gustaban porque enmascaraban el olor y él quería disfrutarlo.

Llamaron a la puerta del baño.

—Natalie, ¿estás visible? —le preguntó Zack, uno de los pocos que no estaba emparentado con ella, ni siquiera como primo lejano.

—Casi, me estoy vistiendo.

—Está aquí.

No hacía falta que especificase quién estaba ahí. Se puso su sencillo vestido beige, que le ceñía la cintura y le llegaba hasta por encima de las rodillas. Tampoco llevaban sujetador en la granja, otro de los caprichos de Jackson. Con la adolescencia el pecho de Natalie había crecido lo suficiente para que se sintiese incómoda si tenía que echar una carrera. Las mayores le habían explicado cómo los sujetadores ayudaban a que los pechos estuviesen quietos y firmes, aunque luego podían ocasionar dolor de espalda y cuello. Se puso las sandalias de esparto y se miró en el espejo.

En ese instante en la comunidad vivían más de cuarenta personas y, al menos la mitad, nunca habían tenido contacto con el exterior. No sabían con qué compararse. Natalie se soltó el pelo negro y se lo desenredó. Estaba haciendo tiempo. Miró sus ojos azul intenso, tan claros que el sol los dañaba. Contuvo un suspiro, sabía que Jackson estaría escuchando cada movimiento. Se peinó con fuerza para tapar su respiración agitada, aunque sería en vano. Volvieron a llamar a la puerta, esta vez sin decir nada.

—¡Ya voy!

Dejó el cepillo y salió. Pasó por la modesta sala de estar que hacía a su vez de comedor. Apenas estaba amueblada con un sofá, una mesa y sus sillas. Tenía chimenea, que era el método de calefacción para el invierno. Abrió la puerta de madera con un crujido y fue recibida por un espléndido día de verano, apenas unas nubes blancas dispersas en un cielo de pleno azul. Se veía el trajín de la comunidad, humanos yendo de un sitio a otro preparándose para empezar otra jornada de trabajo. Allí no existía el concepto de fin de semana como en el exterior. Allí todos los días eran día de trabajo.

—Buenos días, Natalie —le dijo el vampiro.

—Buenos días, Jackson —le contestó mientras hacía la reverencia oportuna, flexionando un poco la pierna izquierda tras la derecha, estirándose de las puntas del vestido y bajando la cabeza.

—He percibido que hoy es un día rojo. ¡Qué regalo tan maravilloso a dos días de tu ascensión!

El vampiro llamaba «ascensión» al día en que alguien cumplía quince años. Preparaban una gran fiesta. Su hermana Cora estaba a partes iguales excitada y celosa. Le había dado muchas indicaciones sobre cómo tenía que comportarse cuando él quisiese beber de ella. Su madre había sido mucho más escueta, le había dicho que fuese practicando la habilidad de imaginarse en otro sitio, quizás en lo alto de ese árbol que tanto le gustaba, contando una a una las plantas de patata que se veían desde arriba. Su amigo Zack, que siempre había sido más protector con ella, estaba terriblemente silencioso esos días.

—¿Estás contenta? —le preguntó Jackson mientras la cogía de las manos.

Si alguien desconociese el contexto, podría haberlos confundido por amantes. Él era de apariencia joven, su edad quedó grabada en los diecisiete años. Poseía un cuerpo fuerte y tonificado. Llevaba el pelo castaño por encima de los hombros y peinado hacia atrás. Sus ojos eran negros y profundos. Su piel brillaba con el habitual destello vampírico. Ella era atractiva, pero no lo sabía ni le importaba.

—Sí. —Para que él no la acusase de mentir, ya que sabía leer su rostro, enseguida añadió—: Solo sucede que estoy un poco dolorida.

—Como es natural, la sangre se abre paso con ímpetu. Hueles de forma exquisita —dijo él a modo de cumplido.

—Gracias. ¿Cómo estás tú? —Natalie había aprendido esa reciprocidad; no era algo que quería preguntar, sino algo que debía hacer.

—Excelente, gracias por tu preocupación. Más tarde saldré a por provisiones especiales para tu fiesta de ascensión. Buscaré la ropa adecuada, ¿sigues teniendo la talla 38? —Jackson le recorrió el cuerpo con la mirada y se respondió a sí mismo—. En efecto.

Natalie apenas sabía de tallaje, la mayoría de ropa que tenía era heredada o cosida por ella misma. No tenía ninguna intención de ponerse nada que le comprara él.